

## ANTROPOLOGIA DEL MUNDO CONTEMPORANEO El surgimiento de la antropología de la ciencia

Cecilia Hidalgo (\*)

### RESUMEN

*En el presente artículo se enmarca el surgimiento y consolidación de una antropología de la ciencia en el interés explícito de los antropólogos por el mundo contemporáneo y el presente. Los estudios antropológicos de la ciencia han ido aumentando en número y calidad desde el impacto de La vida de laboratorio de Bruno Latour y Stephen Woolgar en 1979 hasta el punto de reclamar en la década de los '90 reconocimiento como una subdisciplina merecedora de la constitución de un Comité especial dedicado a la ciencia y la tecnología en la Asociación Americana de Antropología. Sin embargo, esta nueva perspectiva de tanta visibilidad por la importancia que la ciencia y la tecnología tienen en la definición del mundo moderno, constituye tan sólo un ejemplo de un gran cambio disciplinario que se ha ido gestando durante décadas.*

### ABSTRACT

*In this paper the emergence and growth of an anthropology of science and technology is framed within the explicit interest of anthropologists in the present and in contemporary world. Anthropological studies of science and technology have increased in number and quality since the impact of Bruno Latour and Stephen Woolgar's Laboratory Life first published in 1979 to the point of claiming recognition as a subdiscipline which could establish a Committee on Science and Technology within the American Anthropological Association. Nevertheless, this new perspective so visible given the importance that science and technology have in the definition of the modern world, constitutes only an example of a disciplinary shift in course for the last four decades.*

---

\* Universidad de Buenos Aires. Facultad de Filosofía y Letras.

## NUEVOS RUMBOS DE LA ANTROPOLOGÍA

El mundo contemporáneo y el presente constituyen hoy campos cada vez más difundidos de indagación antropológica. La tendencia de la disciplina al análisis de la sociedad propia, o segmentos de ella, que comenzó como una innovación circunscripta, es hoy expresión de un cambio de óptica generalizado a toda la comunidad profesional. Las razones de este cambio son diversas: desde un punto de vista externo, es por cierto decisivo el cambio de los contextos políticos e históricos en que se desarrolla el trabajo de campo antropológico debido a los procesos de descolonización. Desde un punto de vista interno, no puede dejar de destacarse la fuerte tradición revisionista y autocrítica de la disciplina, que ha implicado una reflexión honda sobre los productos (textos, toma de decisiones públicas) de la investigación, y sobre el papel y lugar de los antropólogos en el juego de poder que la producción de conocimiento conlleva.

Desde hace ya más de cuatro décadas la definición de la "mirada antropológica" pretendió independizarse de modo creciente de las "sociedades primitivas" que, se pensaba entonces, desaparecerían como tales o experimentarían profundas y rápidas transformaciones ... "fundándose en conjuntos más vastos donde los problemas tienden a parecerse a los nuestros" (Lévi-Strauss 1976 [1960]:34). Concebida hoy como consecuencia obligada de la inaccesibilidad a algunos "terrenos" de investigación en el marco de la descolonización o de la autonomía y el control cultural crecientes ejercidos por los pueblos aborígenes y las comunidades campesinas, la innovación que ubica al presente y la contemporaneidad "propias" en un lugar central entre las preocupaciones antropológicas supone a su turno un nuevo diálogo con otras disciplinas sociales que, como la sociología o la economía, desde siempre reclamaron su competencia en tal terreno. Como sugiere Marc Augé en *Pour une anthropologie des mondes contemporains* (1994: cap.III), la investigación antropológica ha experimentado muchos cambios, "tiene una historia" y sus practicantes expresan conciencia de tal historicidad en una fuerte tradición revisionista, de crítica interna, sea de obras consideradas ejemplares o de teorías, llevada a cabo a lo largo de décadas. Tal revisionismo ha destacado alternativamente la relevancia de temas y dominios omitidos o excluidos del análisis, las falencias en los modelos explicativos e interpretativos, ha criticado la elección de los campos empíricos y el modo de enfrentarlos, y ha subrayado el contexto de dominación en que se ha ejercido frecuentemente la profesión.

Sean cuales hayan sido sus orígenes y sus agentes iniciales, virajes como el que caracterizaremos de inmediato, tan conmovedores y potencialmente destructivos de toda una gran tradición, científica pero también "cultural" en términos laxos, nunca son cambios individuales sino verdaderos procesos sociales en los que toda la comunidad profesional participa. En este sentido, escribe Thomas Kuhn en *La revolución copernicana* refiriéndose nada menos que a la contribución científica de la obra de Copérnico: "El alcance de la innovación que un solo individuo puede introducir es necesariamente limitado, pues en sus investigaciones debe utilizar los instrumentos que ha heredado de una educación tradicional y en el transcurso de su vida es prácticamente imposible que consiga reemplazarlos por completo" (1993 [1957]:242).

Son muchos los practicantes que aportan aún pasivamente - por ejemplo, a través del reconocimiento del valor de obras renovadoras o fuera del estándar- al perfilamiento de nuevos enfoques y es así como grandes rupturas, perceptibles cuando comparamos la producción antropológica de lapsos temporales amplios, responden no obstante a una dinámica en la que las continuidades son también notorias. En efecto, podríamos decir que el estudio antropológico de la propia sociedad se realiza en *continuidad parcial* tanto sustantiva como instrumental con las prácticas disciplinares previas.

Desde el punto de vista sustantivo es notable la aparición de nuevas temáticas, el consiguiente planteamiento de problemas de investigación diferentes y la constitución de nuevas redes de cooperación transdisciplinaria. Es de esperar, sin embargo, que dado que la comunidad profesional conserva una gran variabilidad interna y sus miembros expresan posiciones sociales y políticas

diferentes, las respuestas a los desafíos que plantea el estudio del presente desde la práctica antropológica también será diferencial.

Sin embargo, por encima de tales diferencias podemos caracterizar a grandes trazos el gran cambio de perspectiva que experimentamos como un viraje disciplinar hacia lo *no aislado* por oposición a lo aislado, hacia lo *contemporáneo* versus “lo primitivo”, a una nueva búsqueda de *aplicabilidad generalizada* por contraste con la idea de lo que es válido en el mundo “no occidental”, hacia el énfasis en la fluidez de los límites y de los contenidos culturales. Todo ello conlleva un cambio de *escala* de las unidades de análisis y un replanteamiento del papel y lugar del antropólogo en situaciones donde la alteridad social o cultural ya no son tan marcadas. No es tan fácil demarcar mundos alternativos (sea social o culturalmente) y es preciso idear nuevas formas de establecer una distancia que haga posible la labor científica.

Así, son en la actualidad terrenos de investigación la gran ciudad -y no ya la comunidad local o un enclave ciudadano relativamente recortado como la “villa miseria” o el barrio-, las empresas y las grandes corporaciones comerciales o profesionales, los centros de producción científica. Dispositivos conceptuales muy caros a la Antropología incorporados a nociones tales como *tribu* y tantos otros términos teóricos que refieren entidades colectivas relativamente aisladas y acotadas han sido abandonados. Y en el marco de la tendencia a contribuir a la comprensión del mundo contemporáneo, aún los estudios de minorías étnicas, nativas o migrantes, se han renovado con difundidas discusiones acerca del nacionalismo, el pluriculturalismo y la construcción de identidades regionales o locales.

Desde el punto de vista instrumental, la reivindicación de la *etnografía* constituye un núcleo firme de continuidad disciplinaria. Sin embargo, en este caso también se dio una dinámica histórica que ha renovado los métodos y las técnicas estándar, que se caracterizaban fundamentalmente por el trabajo de campo participativo y prolongado, y la hoy tan criticada voluntad de adoptar una óptica holista. Autores como Gérard Althabe alientan una transformación todavía más radical de la etnografía, luego de haber mostrado cómo las formas más frecuentes de afrontar el trabajo de campo siguen estructuradas sobre el modelo de lo exótico y sobre la extranjerización del investigador. Las seguridades previas adquiridas en el estudio de las culturas y sociedades “ajenas” y distantes no resisten una transposición sin alteraciones a los nuevos campos de investigación y a la nueva escala de los “terrenos”. Antes la ajenidad del investigador respecto de lo estudiado parecía garantizar una objetividad fundada en la no familiaridad y en un extrañamiento social y cultural radical. Ahora esa distancia ya no existe y el juego de contrastes no es tan obvio, por lo que el investigador tiende a forzar una desnaturalización de lo investigado y recrea una posición de extranjería artificial y distorsionante, produciendo una nueva forma de exotización.

Puede pensarse que las destrezas adquiridas en el curso de la formación profesional son quizá más profundas e inmovibles que los dispositivos conceptuales y teóricos. Más aún cuando como en el caso de la Antropología se han erigido en *definitorios* de la disciplina. No es de extrañar pues que incluso entre los antropólogos más advertidos y críticos reaparezcan modalidades sutiles de prácticas de exotización: se analizan comunidades científicas pero se las trata como tribus, se ven rituales por todas partes, siempre aparece un “gran hombre” fundador de algún linaje o tradición, los textos obtenidos en entrevistas se fetichizan y congelan como expresiones de “verdades” literales, entre otros recursos que trasponen inconvenientemente las formas ejercitadas con éxito en la investigación de sociedades ajenas. Siguiendo a Althabe creemos que el desafío que enfrenta nuestra disciplina en la actualidad es precisamente el de la descomposición radical del exotismo y ello supone un abandono definitivo de la idea de que lo que produce conocimiento antropológico es “salir del propio mundo para regresar transformado a él”.

Es cierto que la crítica interna a la que antes aludíamos ha mostrado con holgura que el alegado desprendimiento del antropólogo de su propio mundo nunca fue tal: la autoreferencia, aunque oblicua, siempre guió la investigación de lo distante. La gran diferencia con la antropología de nuestros días es que la voluntad de analizar antropológicamente la propia sociedad, la cultura

propia, la experiencia presente, es ahora explícita, no vergonzante y ello supone un gran cambio. Ya no se trata de sentirse incluido en una caracterización abarcadora de la naturaleza humana, o de descubrirse sesgado, aún de buena fe, por intereses y preocupaciones propias, o de la propia cultura, que han entrado inadvertidamente en la captación de lo ajeno. Enfocar el mundo contemporáneo y el presente nos exige redefinir nuestra tradición disciplinaria, aprovechándola sí pero poniéndola a la altura de las transformaciones que alentamos.

Antes de entrar a revisar diversas propuestas de enfocar antropológicamente la ciencia, dedicaremos una páginas a la forma que tomó la innovación hacia lo contemporáneo en la producción de los antropólogos sociales de Buenos Aires.

## LOS ANTROPÓLOGOS SOCIALES PORTEÑOS

La indagación sobre lo ocurrido con los antropólogos sociales es resultado de una investigación colectiva dirigida en conjunto por el profesor Félix Schuster y por mí, con la que pretendimos precisamente impulsar en Buenos Aires una reflexión sobre la *Antropología del mundo contemporáneo* y desarrollarla con centro, en un comienzo, en el análisis de las prácticas de diversas comunidades científicas. La investigación tuvo desde sus orígenes el marco de la cátedra de Epistemología y métodos de las ciencias sociales de la carrera de Antropología de la Universidad de Buenos Aires y se incluyó entre los proyectos acreditados del Instituto de Ciencias Antropológicas de la Facultad de Filosofía y Letras de la misma universidad. Intereses doblemente epistemológicos y antropológicos eran motores constitutivos del equipo, fuertemente influenciado por la formación filosófica del director principal, Prof. Schuster, y la mía propia. Las comunidades científicas se presentaban a nuestros ojos como un terreno privilegiado de indagación, arena en la que podríamos articular conocimientos estrictamente lógicos o filosóficos y provenientes de las ciencias humanas. Sin plena conciencia en ese entonces, nos alineábamos con tantos otros antropólogos (Michael Fisher, Sharon Traweek, David Hess, Paul Rabinow, Emily Martin, Arturo Escobar, entre otros) en la consolidación de una antropología de la ciencia y la tecnología.

El primer tramo de la investigación se dedicó a la comunidad de antropólogos sociales de Buenos Aires y poco a poco extendimos el diseño hasta abarcar otras comunidades, a saber, a sociólogos y biólogos moleculares (puros y tecnólogos).<sup>2</sup>

Hemos afirmado que la comunidad profesional es internamente variable y que, por ende, sus respuestas a los desafíos de la disciplina serían diferenciales. En efecto, el análisis de la composición y estructura de la comunidad de antropólogos profesionales argentinos, tal como podíamos describirla hacia 1988, a treinta años de creación de la carrera en la Facultad de Filosofía y Letras iba contra dos importantes supuestos de la tradición postkhniana: a) la homogeneidad interna y b) el relativo aislamiento externo de la comunidad científica. En efecto, un estudio centrado en la definición del rol profesional<sup>3</sup> -que hacia 1988 era impulsado por el Colegio de Graduados en Antropología para la delimitación de las incumbencias de distintas disciplinas sociales- nos mostraba la existencia clara de grupos o nucleamientos diferenciados y en gran medida en conflicto entre sí. La historia de la constitución de estos nucleamientos podía rastrearse hasta el surgimiento mismo de la carrera y su repercusión sobre la elección de problemas de investigación, teorías explicativas y prácticas profesionales era inmensa.

Hoy destacaremos tres orientaciones alternativas sostenidas por tales nucleamientos, todas las cuales entendemos que redefinían a su modo la práctica antropológica contribuyendo al viraje hacia la consideración de lo contemporáneo y el presente (argentino, latinoamericano y mundial) como dimensión crucial de su acción innovadora. A pesar de que, como dijimos, la transformación fue colectiva, no podemos dejar de destacar la importancia de la producción de algunas figuras clave. Por ello, centraremos nuestra caracterización de tales orientaciones en la obra de Esther Hermitte, Eduardo Menéndez y Néstor García Canclini.

Las tres grandes orientaciones renovadoras que caracterizaremos a continuación expresaban un rechazo generalizado a una antropología "oficial" que, centrada en la figura de Marcelo Bórmida, monopolizaba los puestos institucionales más importantes. Luego de un débil apoyo inicial hacia 1958, alrededor del acuerdo sobre la conveniencia de crear la licenciatura en ciencias antropológicas en la Universidad de Buenos Aires, la etnología fenomenológica propuesta por Bórmida y sus seguidores se convertiría en un eje aglutinante de oposición. Los entonces jóvenes antropólogos no podían aceptar la despreocupación supina que la escuela oficial expresaba por la situación social de extrema pobreza y explotación de los indígenas; su franco alineamiento a concepciones y prácticas políticas ultraderechistas y pro militaristas; su conducción institucional autoritaria. Tampoco podían sentirse convocados por la idea de una antropología reducida a la transcripción descontextualizada de mitos aborígenes, a un esencialismo forzado y expreso en la búsqueda de "cosmovisiones aborígenes inalteradas".

Tan importante fue la oposición radical a Bórmida que implicó en muchos casos una retirada del campo antropológico, concebido como lugar de producción intelectual necesariamente prostituido por sus tendencias culturalistas y colonialistas, que despreciaba la explicación e interpretación antropológicas trivializando los postulados de la fenomenología. La esperanza académica de quienes no podían aspirar a formarse en escuelas antropológicas prestigiosas del extranjero se depositaba en otras disciplinas sociales, en particular, hacia la década del '60, en la sociología, la economía y la historia, como campos de investigación social alternativos a la antropología. Incluso una figura tan importante y tan comprometida con la más distinguida formación disciplinaria internacional como lo fuera Esther Hermitte, recomendaba por entonces a los interesados en la materia que cursaran en grado carreras como sociología o economía y fuesen luego al exterior a especializarse en antropología en cursos superiores de posgrado.

Pero como veremos, en la constitución de esta red transdisciplinaria con la sociología, la economía y la historia se perfilaba con claridad un interés distintivo por lo contemporáneo y el presente, terreno en el que las disciplinas mencionadas reclamaban con derecho competencia. En efecto, central a la identidad de los miembros de las nuevas tendencias era la voluntad de contribuir a cambios sociales de importancia, de aplicar sus conocimientos a la resolución de problemáticas argentinas, latinoamericanas o tercermundistas y de asumir un compromiso que se reflejara en la producción académica.

Creemos que la trayectoria intelectual y la producción de Eduardo Menéndez es paradigmática en el sentido antes expuesto. En Argentina la formación en gran medida autodidacta de Menéndez reconoce como autores influyentes en su pensamiento a grandes figuras (Gramsci, Durkheim, De Martino) y a importantes escuelas (la de los Anales, el interaccionismo simbólico) de pensamiento social, asimiladas "directamente" desde los textos sociológicos, históricos o políticos, sin mediaciones o reelaboraciones producidas en el campo más estrictamente antropológico. En México tendría maestros más cercanos a una visión más específicamente antropológica, pero el reconocimiento del aporte disciplinar se limita en muchas oportunidades en los textos de Menéndez a la valoración de investigaciones concretas, intensivas e informativas, de autores importantes pero en modo alguno patriarcas de la disciplina, y no de sus marcos conceptuales o interpretativos. Es así como Menéndez logra definir lo que él mismo denomina un *enfoque socioantropológico*, que aplicado a problemáticas cruciales -!de vida o muerte!- tales como el alcoholismo, intenta articular la potencia de los análisis sociológicos cuantitativos, los datos censales, demográficos y económicos, con la densidad de la tradición etnográfica. Impresiona en su gran obra *Morir de alcohol. Saber y hegemonía médica* la sofisticada recomposición de una perspectiva holista, aplicada en este caso a un problema de investigación de alcance temporal y espacial muy extenso- que se logra precisamente por la articulación "erudita" de información social múltiple, obtenida en fuentes secundarias analizadas con competencia y de investigaciones antropológicas propias.

Podríamos decir entonces que en Menéndez y tantos otros que formaron parte del movimiento que él expresa hoy de manera ejemplar, la transformación alentada en la disciplina se resuelve en

una transdisciplinariedad rigurosa y sistemática que sintetiza hallazgos sociológicos en sentido amplio y prácticas intensivas y cualitativas de la antropología. Es notorio en Menéndez el aprovechamiento de la información estadística, que no sólo reproduce de otras fuentes, sino que reinterpreta y corrige a la luz de su propio conocimiento. El lenguaje cuantitativo queda totalmente integrado con la argumentación cualitativa y el problema que se enfoca antropológicamente no es ya relativo a una comunidad local, sino plenamente abarcador de la sociedad “moderna” y presente en la que todos vivimos y que nos incumbe de modo directo. El abarcar conocimiento económico y político, el manejo de fuentes censales, el análisis de la producción industrial y el consumo de alcohol, refuerzan la sensación de que nos hallamos ante un problema que corresponde al mundo contemporáneo. En algún sentido, podría decirse incluso que la obra de Menéndez esboza una antropología de la ciencia pues ingresa en el terreno del sistema científico, enfocando a los agentes de aplicación del conocimiento biomédico: los médicos y agentes de atención de la salud. Su análisis de la multifuncionalidad de las creencias y prácticas médicas en la reproducción de un orden social explotador están en total consonancia con estudios que marcan la importancia de las formulaciones científicas en la legitimación del mundo moderno.

Hacia la década de los '80 nuevos enfoques convocarían la atención de los jóvenes antropólogos argentinos y guiarían en algún sentido sus elecciones académicas. Figura central resulta en este caso la de Néstor García Canclini, quien en el escenario más amplio de la investigación social latinoamericana ha llegado a constituirse en vocero o expresión, ante el resto de las disciplinas humanísticas, de la importancia del enfoque antropológico para la comprensión de la “modernidad” y aún de la “posmodernidad”. Su influyente noción de *culturas híbridas*, sus análisis de la producción y el consumo culturales, fundamentalmente en el campo artístico, han sabido hacer confluir conocimientos sobre la cultura popular, masiva o “cultura” provenientes de nuevas redes transdisciplinarias. Canclini nos insta a recurrir al folklore (por su rica tradición de estudios de narrativa), a las ciencias sociales “jóvenes” como las ciencias de la comunicación, la ciencia política, a los estudios literarios, entre otros campos del saber social, en principio no tan prestigiosos y consolidados como las “hermanas” de los '60. Su obra promueve una voluntad muy explícita de articular una investigación transdisciplinaria renovada, esencial según su punto de vista para ponernos en condiciones de dar cuenta de la cultura contemporánea.

Los dos enfoques que acabo de esbozar parecen sugerir que las posibilidades de que la Antropología logre plasmar su voluntad revisionista y transformadora en un abordaje del mundo contemporáneo se apoyan firmemente en redes de alianza transdisciplinarias que permitirían complementar o articular en síntesis innovadoras sus conocimientos y enfoques más consolidados, en especial, su tradición etnográfica. En contraste con tal sugerencia, cabe destacar la obra escrita y fundamentalmente docente de Esther Hermitte. A diferencia de las propuestas de Menéndez y de García Canclini, Hermitte alentó la intensificación y el refinamiento de la tradición de trabajo de campo intensivo, la definición de una especificidad antropológica. “Militante” del trabajo de campo participativo y prolongado, supo transmitir a sus discípulos y allegados -hoy investigadores principales como Leopoldo Bartolomé, Carlos Herrán, Alejandro Isla, Rosana Guber, Mauricio Boivin, entre tantos otros- la importancia de la etnografía y su lugar esencial en la definición de la identidad profesional. Como afirmé en las páginas iniciales de este artículo, las características del trabajo de campo llevado a cabo en terrenos “distantes”, sea social o culturalmente, no pueden transponerse sin más al estudio antropológico del presente y de la propia sociedad, pues los peligros de exotización son muy grandes. Sin embargo, en la producción hermittiana constatamos el esfuerzo de resolver la tensión generada por la meta de crear una continuidad adecuada en estos lineamientos. Es que para Hermitte la etnografía no era tan sólo un método, sino un marco de interpretación y acción científicas. Así, en su empleo de la noción de articulación y en su aliento de investigaciones en grandes urbes tomaron expresión nuevas problemáticas de investigación que se intentaban resolver desde una perspectiva cualitativa, obstinadamente aferrada a la indagación etnográfica.

Comencé diciendo que el proceso de transformación implicó a toda la comunidad profesional, y en este sentido, un trabajo más detallado nombraría a muchos más colegas y mostraría su participación en la gran innovación...A Hebe Vessuri por sus estudios sociales de la ciencia. A Hugo Ratier por sus estudios pioneros sobre los villeros y las villas miseria porteñas. A Martha Blache por su contundente demostración de la importancia de lo folklórico para la comprensión de la construcción de identidades regionales y nacionales. A la renovación de los estudios de minorías étnicas propuesta por Edgardo Cordeu, Alejandra Siffredi, Miguel Bartolomé y Alicia Barabas. A la apertura por parte de Eduardo Archetti al estudio de prácticas de centralidad cultural tales como el fútbol. A Guillermo Ruben por sus estudios sobre la nacionalidad entre diplomáticos y empresarios. Y a tantos otros...

En este marco de transformación de la disciplina ha surgido y se ha consolidado una mirada de la ciencia y la tecnología desde la Antropología, que pasaremos a considerar.

## ENFOCAR LA CIENCIA DESDE LA ANTROPOLOGÍA

El interés de la Antropología por la ciencia como objeto de investigación propia es muy reciente: la publicación en 1979 de *Vida de laboratorio* de Bruno Latour y Stephen Woolgar constituye un hito, no por ausencia de trabajos previos sino por la repercusión y amplia difusión que tuvo la obra. Es cierto que las discusiones antropológicas acerca de la racionalidad humana y de las distintas maneras de producir conocimiento tuvieron en cuenta a la ciencia como modelo al que oponer otras formas de racionalidad. Pero esa ciencia era estudiada por otros, al antropólogo le correspondían las formas de racionalidad alternativas, si es que las había. Desde fines de la década del '70 lo que empieza a interesar no es ya oponer un tipo de razonamiento especial, altamente desarrollado con otras clasificaciones y codificaciones del conocimiento, sino de constituir a la ciencia y la tecnología modernas mismas en centro de indagación antropológica.

Podríamos distinguir tres grandes formas de encarar estos nuevos intereses desde una mirada antropológica. La *primera*, centrada propiamente en la ciencia y con la voluntad de contribuir al gran tema de la filosofía y la historia de la ciencia: cómo se produce y valida conocimiento. En este sentido, el impacto de la obra de Thomas Kuhn *La estructura de las revoluciones científicas* dentro del campo mismo de la epistemología informada con las contribuciones de la historia de la ciencia, sumada a los intentos de desarrollar estudios sociales de la ciencia, fundamentalmente sociológicos, habían comenzado a mostrar desde la década del '60 la importancia y fecundidad de incluir factores sociales, y no sólo lógicos, en la reconstrucción de la actividad científica. Pero el enfoque antropológico intentaría dar aún un paso más, abandonar la "retórica" sociologicista de Kuhn y los modelos sociológicos causalistas propuestos por el Programa Fuerte de la Escuela de Edimburgo (David Bloor, Barry Barnes, entre otros) y entrar en la visión de los agentes a lo largo de todo el proceso de producción y aplicación del conocimiento.

La *segunda*, es independiente y más distante de la tradición mayor de estudios sobre la ciencia, y se interesa en la articulación e imbricación de la esfera científico-tecnológica y la vida cotidiana contemporánea, en especial, por los proyectos culturales que, como afirma Michael Fisher "están en el corazón de la modernidad". Así, han surgido estudios sobre ciudades de la ciencia (voluntarios para ver qué pasa con el proyecto de Anillaco no faltarán....) como Sharon Traweek y Manuel Castells, o sobre la influencia cultural de las más sofisticadas teorías de la biología sobre la comprensión ordinaria del cuerpo propio y de la vida social. Se destacan en este sentido los trabajos de Paul Rabinow sobre el Proyecto Genoma Humano, o los de Emily Martin sobre la investigación inmunológica a lo largo de los últimos años. En este segundo tipo de enfoque, la antropología analiza la centralidad que la ciencia y la tecnología tienen en la definición de la vida cotidiana moderna y la muestran como foco cultural ineludible en el estudio del presente. Si, en palabras de Arturo Escobar, "la antropología atiende a la historia (story) de la vida tal como se la

ha vivido y vive en este mismo momento" ( 1994: 223), es indudable que en este fin del siglo XX deberá otorgar un lugar muy especial a la tecnociencia de las computadoras, la información y la biotecnología.

El tercer enfoque es afín a las corrientes de crítica cultural de nuestra época a la que la antropología ha contribuido tanto. Tal es la importancia de los estudios de la ciencia en este sentido, que en la revisión de la temática realizada por Sara Franklin en 1995 para *Annual Review of Anthropology*, en un párrafo titulado sugestivamente "Del género a la ciencia" se indica que así como en los '70 la antropología feminista promovió una gran crítica de supuestos biológicos que legitimaban una naturalización que sometía o colocaba en un lugar de inferioridad a las mujeres, en los '90 las principales académicas feministas comenzaron a dedicarse abiertamente a la antropología de la ciencia. Así, los estudios de Donna Haraway y de Marilyn Strathern redefinieron la posibilidad de estudiar a la ciencia como cultura y de ejemplificar sus efectos culturales.

Hemos dicho que *Vida de laboratorio* de Latour y Woolgar constituyó un hito y dedicaremos las últimas páginas de este artículo a desplegar la contribución que conlleva. Creemos que al margen de las críticas que fundadamente se deben plantear a su etnografía ingenua y externalista, la importancia de la obra fue mostrar a los laboratorios, o centros de investigación científica en general, como terrenos de investigación antropológicos legítimos. La opción que tomó nuestro proyecto fue distinta; como ya señalamos, se centró en un grupo de agentes específicos, la comunidad científica, y no en su territorio de acción. Sostenemos aún el criterio que subyace a esa opción, pues pensamos como George Marcus que la ciencia es diáspora y que su estudio no puede restringirse a una geografía particular. No obstante, debemos reconocer que la idea de emprender una observación con participación en tales ambientes circunscriptos ayudó mucho a atraer la imaginación de jóvenes antropólogos, los que veían en este terreno una posibilidad muy clara de aprovechar parcialmente las destrezas etnográficas adquiridas en su formación profesional. Hoy los laboratorios son tan sólo un terreno más de estudio, un lugar a través del cual se hace antropología, no un destino último. Pero su papel como detonador de otras formas de concebir la indagación etnográfica ha resultado perdurable.

Como queda dicho, en *Vida de laboratorio* se utiliza un rudimentario "método etnográfico" para dar cuenta de el "descubrimiento" de una sustancia química, el TRF. Proveniente de la filosofía, Latour realiza en trabajo que autodenomina antropológico pues funda su análisis de la ciencia en observaciones, entrevistas y en una permanencia prolongada en el prestigioso Instituto Salk de Los Angeles, acreditado con el descubrimiento de tres nuevas sustancias (TRF, LRF y somatostatina).

Los autores presentan al laboratorio como un sistema de inscripción literaria, como un centro de cálculos para la producción de hechos, cuya meta es convencer acerca de que lo que en principio es tan sólo un enunciado es en realidad un hecho. Con ello intentan mostrar cómo un hecho adquiere una cualidad que lo hace escapar a las explicaciones sociológicas e históricas porque se lo presenta y usa de una manera que tiende a la eliminación del contexto social del que ha surgido y al ocultamiento de la historia de su muchas veces ardua y obstinada producción social.

Alentados por las propuestas del Programa Fuerte desarrollado por David Bloor se interesan especialmente por el requisito de imparcialidad que lleva a analizar tanto los éxitos como los fracasos científicos, tanto lo que se ha dado en considerar refutado como lo corroborado. Para ello se torna estratégica la elección de un caso del que sea posible dar cuenta ex ante, un caso presente o contemporáneo en alguna medida, a fin de evitar apoyarse en descripciones históricas muy orientadas a reconstruir un camino cerrado, cuya interpretación hace eje en la contribución a la situación final ya consagrada, planteo tan extendido entre los historiadores de la ciencia. De allí a su vez que el recurso a la etnografía rudimentaria de "ser testigos" de la vida de laboratorio, de observar y participar aún sin conocimiento bioquímico adecuado, sea reivindicado por los autores como enfoque superior al provisto por la perspectiva de la filosofía, la historia y aún la sociología de la ciencia.



Además de la observación etnográfica, la reconstrucción de Latour y Woolgar toma una amplísima base documental (la totalidad de los artículos sobre el TRF, 15 entrevistas a quienes desempeñaron papeles principales en la empresa y acceso a los archivos de investigación de dos equipos diferentes). Este elemento resulta crucial en la caracterización de la antropología del presente, pues en efecto, acerca de cualquier temática en este campo, el investigador deberá enfrentar una amplia base documental, inédita por su volumen y relevancia respecto del problema de investigación. Se intenta así estudiar la génesis histórica de lo que hoy se considera un hecho sólidamente establecido: una nueva sustancia, identificada, aislada y caracterizada en términos de su estructura química. La elección del ejemplo es estratégica pues apunta al descubrimiento de una entidad que es hoy completa y sólidamente aceptada; el tipo de contribución quizá más perdurable, que se atesora incluso a través de revoluciones científicas. Ideal también desde un punto de vista social pues de manera casi simultánea dos equipos diferentes (el de Guillemín y el de Schally) se atribuyeron el hallazgo. De este modo, un hecho bruto, descubierto casi al mismo tiempo, aparece como producto de un obstinado y complejo proceso de producción en gran medida independiente.

Como hemos dicho, el análisis de Latour hace centro en una especial actividad, la de incribir palabras, la de producir y manipular marcas, inscripciones, como algo más que dar forma a los fenómenos externos. Así, el análisis (al que a veces llaman deconstrucción sociológica de un hecho bruto) juega permanentemente con el sentido de ciertas palabras, en especial "TRF", "hormona", "factor", "péptidos", etc. y la convicción acerca de la existencia de un denotado para ellos. Se ha producido un hecho cuando una inscripción literaria, un término, o un enunciado deja de ser evaluado, deja de ser considerado litigioso, para ser aceptado como una entidad no lingüística, como un hecho establecido.

En el caso que nos ocupa la transición que acompaña la aceptación de que un enunciado describe un hecho o es verdadero, de que un término denota una sustancia real, existente, se ve acompañada por el cambio en las redes de quienes utilizan el término o reencucan las hipótesis. Según Latour y Woolgar, distintas redes de uso de un término atribuyen un significado distinto a las palabras y las hipótesis. Así en nuestro ejemplo, es diferente la significación que adquiere para los pocos investigadores que han dedicado toda su vida profesional al TRF, justificación principal del crédito y la posición que han logrado. Para ellos es vital el tema de la prioridad "correcta" y "definitiva" sobre el descubrimiento, temática que carece en absoluto de interés para la red de los neuroendocrinólogos y químicos interesados por una familia de factores de liberación e inhibición del hipotálamo recientemente descubiertos cuya estructura resta aún elucidar. Para los médicos el TRF resulta un instrumento de acción sobre las disfunciones de la hipófisis. Más débilmente aún, para los estudiantes de medicina y merced a la presentación escueta en manuales, a pesar de su carácter extraordinario, el TRF recibe tan sólo una mención entre tantas otras: es simplemente una sustancia recientemente descubierta.

El cambio de redes de usuarios del término TRF refuerza el carácter de hecho bien establecido, no problemático de algo - para el lego tan sólo un polvo blanco- que regula la liberación de TSH por la hipófisis, cuya fórmula química es  $\text{pePyro-Glu-His-Pro-NH}_2$  y que se puede disponer a voluntad en las compañías de productos químicos. El énfasis de Latour y Woolgar apunta a que es el uso mismo de ciertas expresiones el que constituye entidades y no al revés, a saber, que las inscripciones son representaciones o indicadores de una entidad externa que está allí. Los objetos (en este caso sustancias) se constituyen por el talento creativo de los científicos y la idea de descubrimiento da una impresión falsa pues esconde o no atiende a la creatividad y la construcción que entran en juego.

Como vemos, el enfoque de Latour y Woolgar pretendía ser relevante respecto del tema central de cómo se produce y valida conocimiento y aún de cómo se construye una idea de "naturaleza". La promesa de un enfoque etnográfico de la ciencia no podía ser mayor. La audiencia crítica de este tipo de trabajos la constituyen ahora los científicos mismos, o especialistas de

disciplinas interesadas por la ciencia, quienes en muchas oportunidades poseen una gran autoridad social y se erigen en críticos temibles. Como señala Franklin en la revisión ya mencionada, muchos científicos no se convencen de que otros académicos que no comparten un conocimiento específico en áreas de investigación tan especializadas puedan contribuir de modo fecundo a una comprensión de los problemas científicos. Sin embargo, obras como la de Latour han servido como ejemplo de tal eventual contribución.

Los dos enfoques restantes que ya esbozara, muestran a su turno una vez más que la antropología sigue estando en muy buena posición respecto de otras disciplinas para adoptar un punto de vista crítico y esclarecedor de las encrucijadas culturales del mundo contemporáneo y del presente. En este caso la tradición etnográfica estándar exige una revisión radical, pues es muy difícil hablar de temas tan abarcativos exclusivamente desde el microestudio y la descripción densa. La posición privilegiada sigue girando alrededor de tomar en serio la puesta a prueba transcultural y transituacional de sus suposiciones teóricas, y de contribuir a la traducción y entendimiento entre los distintos sectores culturales que están, porque ya nadie puede considerarse externo a un sistema global, viviendo interacciones novedosas y conflictivas tanto a nivel transnacional como en emplazamientos locales. (Fischer 1992: 525)

## NOTAS

- <sup>1</sup> Este trabajo ha sido realizado en el marco de la Programación científica UBACYT 1995-97.
- <sup>2</sup> En la actualidad, gracias a la cooperación con el profesor Gérard Althabe del Laboratorio de Antropología del mundo contemporáneo (Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales, París) impulsamos asimismo otras investigaciones en grandes centros urbanos y en asociaciones industriales. Son miembros de nuestro equipo Elena Belli, Ana Filippa, Valeria Hernández, Viviana Lebedinsky, Valeria Procupez y Adriana Stagnaro.
- <sup>3</sup> Llevado a cabo por Viviana Lebedinsky como becaria de la UBA.

## BIBLIOGRAFÍA

- Althabe, Gerard et al.  
1993 *Urbanisation et enjeux quotidiens. Terrains thnologiques dans la France actuelle*. L'Harmattan. Paris.
- Augé, Marc  
1994 *Pour une anthropologie des mondes contemporains* Aubier-Critiques. Francia.
- Escobar, Arturo  
1994. "Welcome to Cyberia: notes on the Anthropology of Cyberculture" *Current Anthropology* Volumen 35, Nro.3, Junio.
- Fischer, Michael  
1992 "Anthropology as Cultural Critique: Inserts for the 1990s Cultural Studies of Science, Visual-Virtual Realities, and Post-Trauma Politics". *Cultural Anthropology*, 525-537.
- García Canclini, Néstor  
1989 *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. Grijalbo. México.
- Haraway, Donna  
1991 *Simians, cyborgs and women: The Reinvention of Nature*. Routledge. New York.
- Kuhn, Thomas  
[1957] 1993 (Versión castellana) *La revolución copernicana* Planeta-Agostini. Barcelona.

- Latour, Bruno and Stephen Woolgar  
1979 *Laboratory Life: The Social Construction of Scientific Facts*. London. Sage
- Lévi-Strauss, Claude  
1976 *Elogio de la Antropología* Ediciones Caldeón. Buenos Aires.
- Marcus, George and Fischer, Michael (editors)  
1995 *Techno-Scientific Imaginaries: Conversations, Profiles, Memoirs*. Chicago University Press. Chicago.
- Martin, Emily  
1987 *The Woman in the Body: A Cultural Analysis of Reproduction*. Boston: Beacon Press.  
1994 *Flexible bodies: Tracking Immunity in American Culture-From the Days of Polio to the Age of AIDS*. Beacon. Boston.
- Menéndez, Eduardo  
1990 *Morir de alcohol. Saber y hegemonía médica*. Alianza Editorial Mexicana/Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México.
- Neiburg, Federico  
1994 *La invención de la sociología científica en Argentina* Tesis doctoral. Universidad Federal de Rio de Janeiro.
- Rabinow, Paul  
1992 "Severing the ties: Fragmentation and dignity in late modernity", en *Knowledge and Society: The anthropology of science and technology*, vol.9. Ed. por David Hess and Linda Layne, págs. 234-52. Greenwich: JAI press.
- Strathern, Marilyn  
1992 *Reproducing the Future: Anthropology, Kinship and the New Reproductive Technologies* U.K. Manchester University Press. Manchester.
- Traweek, Sharon  
1992 "Border crossings: narratives strategies in science studies and among physicists in Tsukuba Science City, Japan". En *Science as Practice and Culture*, ed. S. Pickering, págs. 429-66. University of Chicago Press. Chicago.